

I

SEKAIZA

«Y cuando quisieron engrandecer sus muros, de acuerdo con la importancia de su ciudad, el águila encorvó sus garras y cayó sobre ellos».

SEKAIZA

AÑO 154 A. C.

No era habitual escuchar el afilado sonido del viento penetrando por las fisuras de unos postigos cerrados todavía a aquella temprana hora de la mañana. La furia del norte no solía despertar hasta el declinar de la tarde, antes del ocaso. Ambrakos sintió un escalofrío y se recolocó sobre los hombros la capa de gruesa lana que pocas veces vestía cuando permanecía encerrado en las estancias de su casa. Estaba claro que aún había mucho por hacer. Miró a su alrededor. Sentado sobre una silla cuyos brazos remataban sus extremos en sendas cabezas de lobo talladas con esmero, trató de incorporarse. Para ello, se vio obligado a apoyarse con ambas manos en el tablero sobre el que había estado trabajando toda la noche. Había engordado, y desde luego sus movimientos ya no tenían la agilidad de antaño. Se palpó la incipiente barriga y esbozó una sonrisa de resignación. *Demasiada caelia*, pensó. Su pelo, rizado y negro como la noche, estaba sujeto por una cinta al modo griego. Su rostro, cruzado por

una cicatriz —recuerdo de antiguas campañas—, reflejaba el paso de la edad, sin haber perdido, no obstante, parte de un antiguo atractivo que en tiempos había hecho de él un varón codiciado por las hijas de las familias más poderosas de Sekaiza. Ahora algunas canas afloraban, y las arrugas comenzaban a estropear aquella piel curtida por el frío viento del norte.

Nada de eso le importaba. Sin añorar tiempos pasados, los recordó, pese a todo, mientras se acercaba a las ventanas de la estancia que hacía las veces de estudio en el hogar que ahora estaba remodelando para, una a una, abrirlas a la luz de aquel nuevo día en el que esperaba recibir noticias. De aquellas noticias dependería todo. Y a su cabeza llegaron las imágenes ya antiguas de los años en los que fue un guerrero valiente y decidido, enrolado como auxiliar en las tropas que bajo el mando romano habían sometido en Macedonia al rey Perseo, hacía ya casi quince años. Toda una lección de poder que trataba de no olvidar.

El viejo reino, en tiempo dominador de Asia, había sido entonces dividido en cuatro repúblicas indefensas sometidas a Roma. Y él había estado allí y había podido comprobar la efectividad militar de unas legiones a cuyo refuerzo tantos miembros de su pueblo, los belos, habían contribuido. Ahora, pasados varios otoños, castigado su cuerpo por aquel trabajo, algunas viejas heridas le recordaban la crueldad del transcurso del tiempo. Pero no todo había sido sufrimiento. Había aprendido. Él y los supervivientes de aquellas campañas regresaron a casa con el impacto imborrable de un mundo, el helénico, que había dejado en ellos la impronta de lugares y costumbres que ya nunca los abandonarían: las ciudades ordenadas en calles rectilíneas, el vino, la cerámica hermosamente trabajada, el comercio y, sobre todo, la huella indeleble de la cruel eficacia de una maquinaria guerrera, la de Roma, de la que habían sacado lecciones concluyentes: la furia, la disciplina y el orden. Pero también, y quizás sobre todo, el

orgullo de pertenencia que había podido observar en los hijos de la loba itálica.

Cuando él y otros auxiliares regresaron, habían cambiado, y ahora querían implantar ese cambio en sus ciudades. Como en Sekaiza. La vieja y antigua capital de los belos, su lugar de origen, su patria, a la que había vuelto. Nacida y acunada al amparo de la cercana sierra en la que reinaba el viejo Mons Caunus, cuya cumbre se intuía lejos, al norte de la población, había permanecido prácticamente inalterada alrededor del cerro sobre el que se asentaba desde su fundación. En el promontorio, enmarcado por el exiguo cauce de dos pequeños riachuelos, aún se erigía el antiguo castro a partir del cual se desparramaban sin orden viejas edificaciones de una planta, recrecidas en ladrillos de adobe y techumbre de ramas. Pero aquello iba a acabar. Él y otros veteranos estaban dispuestos a aplicar lo aprendido, y así lo hicieron cuando, una vez reubicados, obligaron a sus sorprendidos conciudadanos a adoptar no solo nuevas costumbres, sino también una conciencia hasta entonces oculta de sus capacidades, y con ellas, su poder aglutinador sobre quienes aún se mostraban reacios a los cambios de una nueva era. Porque Sekaiza, bajo el indisimulado liderazgo de Ambrakos, no siempre bien soportado por aquellos ancianos que representaban los distintos clanes que trataban de continuar con su dominio oligárquico, había crecido. Y lo había hecho gracias a aquellas rutas que él había insistido en fomentar y abrir hacia el este. Porque con aquel intercambio fluido con el Mediterráneo, la ciudad comenzó a recibir una riqueza que se invirtió en mejorar la vida de sus habitantes y la suya propia, desde luego.

Atrás quedaba ya el gran derramamiento de sangre a los pies del monte sagrado, cuando la gigantesca coalición celtíbera —así los denominaban los cronistas griegos, «celtíberos»— cayó derrotada hacía ya veinticinco años ante las legiones de Graco. El pretor que sofocó aquella primera gran revuelta y que impuso la paz de la que ahora gozaban. A Am-

brakos le fascinó el poderío de aquellas tropas y no dudó entonces en presentarse voluntario tras la debacle, para participar en una de las *alae* de auxiliares que, embarcadas en Tarraco, formaron parte del contingente hispano que las cláusulas de aquel tratado exigían. Y entonces todo cambió para él. Había sobrevivido a una primera matanza. También lo hizo a la segunda. No debería haber una tercera.

Ambrakos observó, acercándose de nuevo a la mesa, los planos trazados en una fina y curtida piel de cordero extendida sobre la tablazón de madera. El futuro de su ciudad. Una serie de nuevas calles orientadas en dirección sudeste desde el cerro se dibujaban rectilíneas ampliando en su trazado el que limitaban los viejos muros de la primitiva población. Por eso había sido necesario demolerlos. Porque esa era la idea: una nueva muralla. Una muralla fuerte y robusta que ampliara la superficie habitable de la ciudad hasta convertirla en un bastión inexpugnable que guardara tras sus defensas a aquella población llamada a dar vida a la pretendida capital de la Celtiberia. Al menos eso era a lo que él aspiraba. El coste estaba siendo enorme, pero Ambrakos estaba seguro de que el esfuerzo valía la pena. Un esfuerzo esta vez no solo económico, ya que también había sido necesario llevarlo a cabo para convencer a las poblaciones colindantes al noroeste, los titos, para que se incorporaran a lo que ya pugnaba por ser el gran centro impulsor del comercio en el territorio. Había habido resistencia, para qué negarlo, pero Ambrakos sabía cómo ser persuasivo, sobre todo si en aquellas conversaciones se hacía acompañar por un buen puñado de guerreros que, luciendo una panoplia de combate deslumbrante, suponían un poderoso argumento. Ahora la población había crecido y era necesario encontrar un lugar para acomodar a todas aquellas familias que, de mejor o peor grado, se habían visto obligadas a abandonar sus viejas poblaciones. Sekaiza crecía, y con ella el poder de los belos pronto no tendría contestación a ambos lados de la sierra. Quizás en un futuro, a lo largo de

todo el Iberus. Ese era su sueño. Con el permiso de Roma. O sin él.

La luz de una mañana clara parecía haber despertado de golpe la actividad de una ciudad que se afanaba en una fiebre constructiva que en el fondo seguía sorprendiendo cada día a Ambrakos. Tras recorrer el modesto peristilo que, al modo helénico, había ordenado levantar en su nueva residencia, accedió al exterior de la vivienda y tras ajustarse la túnica bajo el *sagum*, apoyándose en el umbral de la puerta de entrada, contempló el panorama: ante él, y a lo largo y ancho de la nueva calle cuyo trazado discurría hacia el este, cientos de pobladores se afanaban en su tarea. Encaramados a frágiles andamios de madera, trasladaban sillares de la antigua muralla ya desmantelada, apisonando la tierra sobre la que varios carros transportaban gruesos maderos de encina y roble ya tallados para apuntalar paredes o soportar techumbres. Al fondo, allí donde la calle aún no había sido urbanizada y era únicamente un mero trazado delimitado con cordeles, lejos de la mirada de Ambrakos, los trabajos sobre las nuevas defensas continuaban con toda la premura de la que eran capaces cientos de pobladores del viejo asentamiento.

Absorto en sus pensamientos y ensimismado ante aquella actividad frenética, no percibió la presencia de ella hasta que sintió en su brazo la caricia de una piel que le era familiar y escuchó la voz que venía aportando serenidad a sus días desde hacía ya cinco años. Lubeia, su esposa, sonrió ante la sorpresa de su marido.

—¿Tan importantes son? —preguntó alzando el mentón en dirección a las obras. Su boca insinuó un fingido reproche—. Voy a pensar que prefieres los gritos y el polvo a los susurros de tu mujer en el lecho. Hoy apenas has dormido.

Ambrakos no dijo nada. Conocía aquel juego, y le divertía. Sin desviar su atención hacia el caos de las obras, acogió la mano que se le ofrecía y la apretó con suavidad. Lubeia había

sido un premio inesperado. Un sello que cerraba la alianza con Numantia, la población más poderosa de los arévacos. Un tratado buscado con ahínco por el segedano para reforzar la potencia de una agrupación de ciudades que, lideradas por Sekaiza, él soñaba fuerte e independiente. Lubeia, hija de uno de los principales miembros de aquel altivo Consejo que gobernaba la localidad situada a orillas del Durius, le fue entregada en matrimonio, y con aquella unión ambos clanes comprometían su futuro para siempre. Y los de las ciudades a las que pertenecían.

—Son importantes; bien lo sabes. —Ambrakos giró la cabeza y sonrió ante la fingida inocencia de aquella mirada que ahora parecía interrogarlo—. Y no, no prefiero a esos hombres ni ese polvo que casi impide respirar. Y en cuanto a los gritos y los susurros... —Ambrakos no pudo terminar la frase. Ella puso un dedo en su boca y con mirada reprobadora lo retó.

—No digas nada de lo que esta noche puedas arrepentirte, esposo —afirmó con aparente gravedad, mientras estudiaba la expresión seria del veterano soldado. Cambió su tono de voz, y con ello no pudo evitar que trasluciera un leve apunte de angustia. Su vida había sido feliz desde que había abandonado su ciudad para recomenzarla junto a aquel hombre en una tierra extraña. No quería que aquella felicidad se extinguiera. Por eso insistió—: ¿Qué te preocupa realmente? Te conozco, y sé cuándo los pensamientos oscuros nublan tu mente.

Ambrakos asintió mientras desviaba la mirada hacia el horizonte. Recortándose en él, y en pie sobre una pequeña elevación, varios canteros dirigían los movimientos de una tosca grúa mientras subían un enorme sillar que, basculando entre las fauces del garfio que lo aferraba, iba a ser asentado en lo que, con suerte y algo más de tiempo, sería una de las potentes torres que guardarían una de las puertas de las nuevas murallas de Sekaiza.

—Lo aprendimos de ellos; de los romanos —dijo de repente, señalando el ingenio de madera—. Y ellos a su vez de los griegos. O eso creo. Pero yo también aprendí otras cosas. Ya te las he contado. Aprendí a temerlos. O quizás a respetarlos. A veces no sé si hay diferencia. —Guardó silencio durante unos instantes y al cabo continuó—. Los enviados a Roma. Eso es lo que me preocupa. Tendrían que haber regresado hace tiempo. No es buena señal.

—¿La embajada de Sekaiza? —preguntó Lubeia sorprendida—. Creía que se trataba de una misión de paz. Algo así como una muestra de nuestra buena voluntad para con Roma. Una especie de ratificación del tratado firmado con aquel romano... ¿Graco?

Ambrakos asintió.

—Sí, Tiberio Sempronio Graco. Un hombre de honor... —dudó— y un gran soldado.

—¿Entonces? ¿Por qué habríamos de preocuparnos? —Lubeia esbozó una sonrisa. Sabía que su marido no era inmune a esas muestras de cariño. De hecho, quizás era ella la única persona con la que Ambrakos se sentía vulnerable.

—Tienes razón. —La miró con toda la ternura que eran capaces de mostrar sus ojos, endurecidos por el paso del tiempo—. ¿Por qué habríamos de preocuparnos?

Y mientras su esposa regresaba al interior del hogar, Ambrakos no pudo evitar observarla. Su cuerpo menudo, ahora revestido del lujo que él pudo regalarle tras su último viaje a Ampuriae —una túnica larga de caro tinte azulado, ceñida por un grueso cinturón hasta el que caía, como un torrente oscuro, una melena rizada sin recoger—, le mostraba el para él irresistible encanto de las mujeres de aquella tierra dura y agreste, características que se contagiaban y ellas asumían como una parte indisoluble de su ser, de su forma de afrontar la vida. El antiguo soldado volvió a mirar hacia el este y su rostro se oscureció. Al fin, resignado, se dio la vuelta y entró de nuevo en su hogar.

—¡Han vuelto! ¡Han regresado! ¡La embajada ha vuelto de Roma!

Los gritos de aquel hombre sobresaltaron a Ambrakos, abstraído como estaba hasta ese momento en la revisión del último listado de peticiones y problemas de suministro derivados de las obras en curso. De inmediato se cubrió con el *sagum* y salió al exterior casi a la carrera. El sol poniente iluminaba de ocre las paredes de los nuevos edificios a medio construir y con el ocaso se acentuaba el frío casi invernal de aquel otoño que ya agonizaba, un otoño que había regalado algunas lluvias a aquella tierra tan necesitada y sedienta. Pese a la luz declinante y las tormentas que aquel mismo día habían descargado su furia sobre la población, se trabajaba hasta el anochecer. El barrizal en que se había transformado el habitual entramado de polvo y tierra seca estaba aún repleto de hombres que, como si un rayo los hubiera paralizado, cesaron en sus labores centrando sus miradas en aquel joven, casi un niño, que corría anunciando a todos el acontecimiento. Ambrakos se interpuso en su alocada carrera, deteniéndolo con un brusco ademán.

—¿Dónde están? —El muchacho respiraba agitado intentando recuperar el aliento. Ambrakos insistió—. ¿Dónde están los embajadores?

El muchacho señaló, temblando, hacia el lugar donde se estaba levantando la nueva puerta. No le dio tiempo a decir nada. Ambrakos ya se dirigía hacia allí con paso acelerado. Habían pasado diez días desde que el segedano tuvo aquella conversación con su esposa, y no había vuelto a hablar de ello con nadie. Sin embargo, su humor había empeorado conforme transcurrían las jornadas y nada se sabía de la que para él —y parecía que solamente para él— era la misión más difícil que los representantes de la ciudad habían tenido que afrontar en toda su historia. Pero ya se encontraban de

regreso. Ahora sabría al fin si sus sueños se cumplirían o, por el contrario, las vidas de todos los habitantes de Sekaiza cambiarían para siempre. Mientras ralentizaba su marcha con la vaga idea de no lesionar su dignidad con pasos apresurados, se acercó a uno de los pobladores que trataban de vislumbrar la comitiva a lo lejos. Lo agarró del brazo con fuerza. Su tono fue conminatorio:

—Busca a Caro. Estará, como siempre, en su casa al otro lado de la colina. —El otro dudó. Caro era el mejor guerrero de Sekaiza: un auténtico líder, visceral, inaccesible para un simple campesino de los titos, como era él. Ambrakos pareció leerle el pensamiento—. Que no te importe si, como es habitual, está en compañía de una de sus mujerzuelas. —Lo miró con intensidad y el hombre comenzó a temblar ante la perspectiva de ser apuñalado si irrumpía en la casa de Caro en tal situación—. Tú encuéntralo y dile que reúna al Consejo. ¡Ya! ¡Ahora! Dile que te lo he ordenado yo.

El improvisado mensajero salió corriendo hacia el lugar indicado, para cumplir el encargo. Mientras tanto, Ambrakos hizo esfuerzos por serenarse y esperó a que se acercara a él el grupo de hombres que ya se distinguía al fondo, formando una comitiva cuyos miembros avanzaban cabizbajos, apoyados unos en cayados, otros acarreando las mulas y caballos que portaban alforjas y mantas empapadas. Al cabo de un rato, tras un corto trayecto en el transcurso del cual parecía haberse detenido el tiempo —tal era el silencio expectante que se apoderó del gentío que los rodeaba—, alcanzaron el lugar donde Ambrakos los estaba aguardando. Quien lideraba la comitiva se echó para atrás la capucha que le ocultaba parcialmente el rostro. Era un hombre joven, pero sus facciones acusaban el esfuerzo y probablemente la angustia que sentía. Se dirigió al antiguo soldado con confianza, casi con insolencia.

—Ambrakos —saludó con voz quebrada y una media sonrisa que incomodó al aludido.

—Orisos —contestó el aludido—. Me alegro de verte.
—Yo no estoy tan seguro. Quizás no debimos escucharte.
—Miró hacia sus acompañantes. Todos aparentaban estar exhaustos—. ¿Es esta la forma de recibir a los emisarios de la guerra?

La casa donde se reunía el Consejo de ancianos de Sekaiza no se distinguía especialmente del resto de las edificaciones que conformaban un entorno urbano antiguo y ciertamente desordenado. De planta cuadrada para facilitar el acomodo de la élite gobernante de la ciudad, sus muros de adobe se asentaban sobre un zócalo de toscos sillares que sustentaban una techumbre de vigas cubiertas por ramas entrelazadas. El resultado era un edificio de apariencia mundana cuya altura no superaba los doce pies. La monotonía de un enlucido exterior que en tiempos pudo ser blanco se interrumpía con cuatro pequeñas ventanas, dos a cada lado, que, debido a la temperatura de aquella noche, permanecían cerradas por batientes de madera labrados, como única concesión al lujo, con figuras antropomorfas de delicada factura. Ambrakos echó un vistazo a su alrededor mientras permanecía sentado junto con otros ciudadanos distinguidos, a la espera de que los ancianos aparecieran y diera comienzo aquel encuentro extraordinario. Solo les estaba permitida la participación en aquella asamblea a los mejores de entre los belos; los titos, vistos con cierto desprecio entre la población original de Sekaiza, se tenían que conformar con agolparse junto con una muchedumbre expectante que aguardaba noticias en el exterior del edificio. Frente a él, al otro lado de la sala, se sentaba Caro. Miraba a Ambrakos, a quien consideraba su rival, con furia a duras penas contenida, quizás por haberse visto obligado a acudir a aquella reunión, precisamente a instancias de alguien a quien, por su momentáneo abandono de las armas y probablemente por su súbito enriquecimiento, detes-

taba. De complexión fuerte y atlética y estatura superior a la media, su rostro, de facciones amables, casi femeninas, no reflejaba aparentemente la ira que demasiado a menudo salía a relucir cuando sus órdenes eran siquiera levemente puestas en duda. Inteligente y visceral, diestro con las armas, veterano de guerra y valiente hasta la temeridad, Caro era considerado por la mayoría de los segedanos como su líder natural, por encima de los ancianos, jefes de sus respectivos clanes. Ambrakos y él se profesaban una poco disimulada enemistad, y no había momento en el que ambos no aprovecharan una ocasión para socavar el prestigio del otro. Para dejar clara su preeminencia entre la población y quizás anunciando sus intenciones con respecto al asunto que debían tratar aquella noche, Caro había decidido comparecer portando toda su panoplia guerrera: colgando de su cinturón, cerrado con una enorme hebilla de hierro ricamente labrada, el característico puñal con doble disco en su empuñadura. Juguetearando con su espada entre las piernas, Caro intentaba aparentar fortaleza e indiferencia a un tiempo. Con el movimiento, el arma, larga y de dos filos, al uso de la milicia celtibérica, horadaba con su punta la madera sobre la cual se extendían los bancos corridos en los que se juntaban ya todos los más renombrados miembros del Consejo de la ciudad.

Ambrakos sostuvo la mirada de su rival. Aquel había venido desarmado, habiendo dejado su puñal, signo de distinción y nobleza, en manos de su mujer, justo antes de entrar en la sala. Ahora se arrepentía. Estaba a punto de pronunciar en voz alta alguna frase mordaz sobre aquel contraste, para tratar de ridiculizar a Caro, pero en ese instante se escucharon unos golpes sobre el entarimado de madera. La embajada había entrado y ya no se admitirían bromas ni provocaciones. El consejo podía comenzar.

Caciro, el anciano segedense que presidía el Consejo por derecho propio —edad y sabiduría—, tomó la palabra y se

dirigió a la comitiva que, sin siquiera haber podido asearse, comparecía de pie ante aquella reducida asamblea.

—Sed bienvenidos. Esperábamos con ansia vuestra llegada —saludó con voz frágil y pausada Caciro—. Os enviamos en demanda de justicia ante el Senado de Roma. Hablad, por tanto.

Un silencio únicamente interrumpido por leves carraspeos de alguno de los presentes acompañó el solemne caminar de Orisos, líder de la embajada, hasta situarse frente al anciano. Portaba un bastón a modo de cetro, rematado en un *signum equitum* que representaba a dos caballos cabalgando en direcciones opuestas. Se dio la vuelta mirando a todos los presentes y comenzó a hablar.

—Hace ya mucho tiempo, quizás demasiado, antes de que el sol empezara a castigar estos campos, nos encomendasteis una misión: convencer a Roma de que la ampliación de nuestra ciudad no suponía la ruptura del tratado firmado hace veinte años con Tiberio Sempronio Graco, acusación de incumplimiento que recibimos en este mismo lugar a través de la boca de aquel emisario insolente que mancilló nuestro honor con amenazas proferidas ante este mismo Consejo. —Miró a Caciro con dureza—. Y pese a nuestras dudas sobre la intención verdadera de los hijos de la loba, tú, Caciro —le señaló con el báculo—, persuadiste a todos para que tratáramos de razonar, de argumentar, de apaciguar los ánimos. —Dejó pasar unos segundos en una pausa dramática—. ¡Pero no se puede apaciguar a los lobos! ¡Está en su naturaleza!

Orisos se giró para comprobar la reacción que sus palabras producían en el auditorio. Los murmullos crecieron mientras Caciro, dolido y humillado por aquella poco velada acusación inicial, intentó poner orden y hablar.

—¡Tus palabras son insolentes, Orisos! Bien sabes que la razón nos asistía. —El silencio regresó poco a poco a la sala—. Hace veinte años, tras aquel baño de sangre bajo la sombra

del Mons Caunus, firmamos un tratado honorable con un hombre honorable. Sus términos estaban claros: los vencidos no podríamos construir nuevas ciudades y habría paz con Roma. —Respiró con agitación antes de continuar—. Pagamos oro, contribuimos con sangre en sus campañas al otro lado del mar —miró de soslayo a Ambrakos, buscando su aprobación, en un gesto que no pasó desapercibido a Caro—, y ahora que renovamos nuestros muros y la prosperidad llama, con la paz, a nuestra puerta, ¿cuál es el agravio?

—La nueva muralla —respondió Orisos sin titubear.

—Esa muralla es necesaria. Y no estamos levantando una nueva ciudad. No hay ninguna violación del tratado —interrumpió desde su asiento Ambrakos.

—¿Necesaria para quién? ¿Para qué? ¿Para que nos proteja de los romanos o para que los protegidos sean tus tesoros? —Orisos lanzó la ofensa y desdeñó la interrupción y los gritos de protesta para seguir hablando—. Ellos no piensan lo mismo, desde luego, y así nos lo hicieron saber.

—Prosigue, Orisos —intervino Caro, obviando de nuevo la autoridad de Caciros—. Prosigue, hermano.

—No hay mucho que decir. O sí, pero dará igual. Tras hacernos esperar varios días desde nuestra llegada, el Senado nos recibió en el edificio que denominan Curia Hostilia —sonrió—; no es gran cosa para lo que pretenden que sea, pero desde luego es mejor que esto. —Hizo un gesto al aire abarcando el recinto—. Expusimos nuestros argumentos, aunque desde el primer momento tuvimos la sensación de que ya tenían tomada una decisión. El águila ya había afilado sus garras.

—Se burlaron de nosotros —apostilló uno de los miembros de la embajada.

—¡Dijeron que éramos hombres sin honor! —protestó otro.

—Todo eso es cierto. —Orisos acalló con un gesto los gritos de indignación que comenzaron a escucharse entre los

miembros del Consejo, mientras Ambrakos permanecía en silencio con gesto hosco—. Pero aún hay más. Consideran que no hemos cumplido con los mismos pagos que el resto de las tribus derrotadas, que no hemos proporcionado suficientes soldados...

—¡No teníamos esa obligación! ¡Se reflejó expresamente en el tratado! —La indignación se apoderó de la sala.

—También se afirmó, así nos lo hicieron ver con burla, que con Roma los tratados y sus disposiciones son válidos en tanto el Senado no cambie de opinión.

—Y al parecer han cambiado, ¿verdad, Orisos? —La voz grave y fría de Ambrakos se dejó oír, esta vez tratando de que se percibiera su sarcasmo.

—Eres muy perspicaz —contestó el aludido sin ofenderse—. Efectivamente: han cambiado. Ni siquiera siguieron escuchándonos.

Caciro, abrumado, intervino de nuevo. Se notaba el miedo y la furia en sus palabras.

—¿Y qué propone ese Senado de Roma? ¿Qué pide esa jauría?

—Que derribemos las murallas. Antes de que comience el invierno. —El griterío resultó ensordecedor. Voces de ira e indignación apagaron las palabras del embajador—. ¿Me habéis oído? Quieren la guerra.

—¿Os dieron una respuesta concreta? —preguntó Ambrakos intentando mantener la calma.

—¿Una respuesta? —Orisos esbozó una mueca—. No; por supuesto. Nos dijeron que ya conoceríamos la resolución del Senado... a su debido tiempo. ¿Qué piensas de eso, Ambrakos? ¿No te parece una respuesta suficientemente clara? ¿Nos tendríamos que preocupar?

Ambrakos no respondió. Se mantuvo en silencio mirando al suelo. Reflexionaba ya sobre sus próximos movimientos, sobre lo que correspondía hacer, sobre el futuro de la ciudad. Caro rompió sus cavilaciones, obviando la autoridad de Ca-

ciro, que aparentemente ya había declinado seguir dirigiendo aquella asamblea que estaba a punto de convertirse en tumulto.

—¿Y bien, Ambrakos? ¿No dices nada? ¿Dónde está ahora tu confianza en el honor y el sentido de la justicia de los romanos? Tú nos metiste en esto y ahora vemos el resultado. Haznos merecedores de escuchar tu respuesta ante estos agravios. Son tus amigos. Habla, pues.

—No son mis amigos, Caro. —Se levantó conteniendo su ira, pero imprimiendo al tono de su voz una carga lo suficientemente amenazadora como para que el propio Caro se incorporara igualmente aferrando con fuerza el pomo de su espada.

Caciro intentó débilmente calmar los ánimos.

—No debemos enfrentarnos entre nosotros, Ambrakos, Caro —quiso mediar entre ambos—. Lo importante ahora es decidir qué hacer. Tenemos que tomar una resolución.

—No hay mucho de lo que hablar. —Caro seguía en pie, desafiante—. Debemos prepararnos para la guerra. Convocar una nueva coalición de pueblos: belos, titos, arévacos, pelen-dones, lusones, sedetanos. Todos juntos. No habrá un nuevo Mons Caunus esta vez.

—Entiendo, Caro —contestó Ambrakos—. Todos juntos bajo tu mando, ¿no?

—¿Por qué no? —Sonrió burlón—. ¿Acaso aspiras a ese liderazgo, *mercader*? —Trató de imprimir todo el desprecio del que fue capaz al pronunciar esa palabra.

Ambrakos dio un paso y mantuvo su mirada fija en el guerrero.

—No, aunque sin duda sería más juicioso en mis decisiones, que también serían más beneficiosas para Sekaiza que las que pueda adoptar un jefe enloquecido por la rabia... y el despecho.

Caro enrojeció de ira por la humillación. En aquella asamblea todos sabían que el Consejo de ancianos de Numantia

había preferido que Ambrakos desposara a Lubeia pese al evidente interés de aquel por ser el elegido. La intervención de Orisos separando a los dos hombres fue providencial.

—De acuerdo. —Caciro pretendió parecer conciliador—. Caro ya ha opinado. Es justo que ahora sepamos todos qué es lo que tienes que decir, Ambrakos. Escuchemos, pues. Sekaiza se juega su futuro. Los romanos vendrán. De eso no me cabe ninguna duda.

Todos se calmaron, Caro regresó a su asiento y el Consejo se dispuso a escuchar. Ambrakos se mantuvo de pie y se dirigió con voz firme a aquella asamblea. Sus palabras fluyeron claras y directas.

—Los romanos vendrán, Orisos. De eso ya no tengo duda alguna. No voy a detenerme en responder a las insinuaciones que sobre mí se han lanzado en este parlamento. Ya habrá tiempo para contestar sobradamente a esto, y desde luego los actos que cada uno de nosotros llevaremos a cabo a partir de ahora serán los que nos definirán. —Hizo una pausa y continuó—. Todos aquí me conocéis. Nadie puede poner en duda ni mi valor ni mi amor por Sekaiza. Yo, al contrario de muchos de los presentes, sí he viajado. Y he visto cómo el mundo cambiaba mientras aquí seguíamos viviendo como si esos cambios no nos afectaran. Mirad a vuestro alrededor. Desde generaciones, esta ciudad ha crecido desordenada y pobre, habitada por hombres y mujeres sin otros quehaceres que la lucha, la caza y una mísera recolección, viviendo en casas de adobe y techumbre de paja. —Señaló hacia las vigas que, ya envejecidas, sostenían un entramado de ramas que a duras penas protegía de la intemperie—. Yo he visto cómo se edifica en piedra y ladrillos de barro cocido; he comprobado cómo alfareros de más allá del mar, al este, fabrican tejas que resguardan de la lluvia; he visitado hogares con patio y agua traída desde manantiales ubicados a cientos de estadios.

—Como la que te estás construyendo tú, ¿verdad? —interrumpió una voz.

—Sí, como la que estoy construyendo para mí y para mi esposa —contestó Ambrakos—. ¿Acaso estoy obrando mal? ¿Son la envidia y el rencor los que han hablado? ¿Quién podría reprocharme el haber aprendido? Gracias a mí, esta ciudad iba a ser una nueva capital. Gracias a mí, nuestra Sekaiza empezaba a ser rica. ¿No habéis visto a los comerciantes traer desde lejanas tierras productos que jamás habíais contemplado? ¿No es cierto que ahora tenemos dinero y riquezas para pagar estos nuevos muros que amplían nuestro territorio y cobijan también a otros pueblos?

—Los muros, *tus* muros, nos van a costar una guerra, Ambrakos —terció Orisos.

—Mis muros, como tú los llamas, Orisos, te habían hecho sentirte orgulloso hasta hace muy poco. —El aludido calló, sin atreverse a objetar nada. Sacó unas monedas relucientes de una pequeña bolsa que llevaba atada al cinturón—. Mirad esto: somos la primera ciudad, el primer pueblo, los belos, que acuñamos moneda en esta tierra. Mirad en ellas el nombre de nuestra patria. Las fundiciones y las herrerías trabajan produciendo espadas que son envidiadas por la inigualable aleación de su ánima, que las hace flexibles y duraderas; nuestras alfarerías ya no fabrican cacharros inútiles, sino hermosos recipientes decorados, y nuestras nuevas casas se levantan orgullosas y firmes. Decidme entonces si todo este impulso, impulso que me debéis, es algo que deba despreciarse.

—Todos sabemos que has traído la prosperidad a esta ciudad, Ambrakos —intervino Caciro—. Pero dinos: ¿cómo esperas defender todo esto ante la voracidad de los romanos? Ya has visto la consideración que tienen por la palabra dada.

—Nadie puede dudar de mi habilidad en la lucha, aunque ahora me veáis desprovisto de mi espada y de mi puñal. Quien lo haga —miró a Caro— deberá matarme para mantener su calumnia. Pero es cierto: tenemos que actuar.

—¿Qué es lo que propones? —insistió el anciano—. ¿Podemos resistir? ¿Debemos luchar?

—No podemos resistir. —Se escucharon murmullos de indignación—. No podemos resistir aquí, en Sekaiza. Pero sí: debemos luchar.

—Habla claro, mercader —intervino de nuevo Caro, desafiante.

—Lo haré. Si te callas, Caro.

Orisos levantó una mano para interceptar a su hermano, que ya se dirigía colérico hacia Ambrakos.

—Déjale hablar. Prosigue, Ambrakos.

—Gracias, Orisos. —Ambrakos inclinó la cabeza en reconocimiento a su gesto—. Continuaré entonces. No podemos resistir tras unas murallas inacabadas. Si no conozco mal a los romanos, y os recuerdo que he luchado en sus legiones, ahora mismo estarán comenzando el reclutamiento de tropas para alistar un ejército. Puede que no comiencen a avanzar hasta el nombramiento de un nuevo cónsul, en los idus de marzo, como ellos dicen y tienen costumbre. Aún tendremos tiempo, pero el invierno ralentizará las obras. No estarán terminadas cuando ellos lleguen.

—¡Pues los esperaremos fuera de ellas! —intervino Caro, furioso—. Convoquemos a todos los pueblos para reconstruir nuestra antigua coalición.

—Sé que sabes luchar, Caro —contestó con calma Ambrakos, intentando ser conciliador—, pero me temo que no eres consciente de la actual situación. No podremos contar ni con los lusones ni con los sedetanos. Tampoco con los sueseitanos. Todos ellos son ahora aliados de Roma, de cuya amistad comienzan a ver sus ventajas. Incluso muchos de los titos que no aceptaron acogerse a nuestra ciudad nos miran con recelo. Me temo que todos ellos estarían más que dispuestos a engrosar las filas de los romanos como tropas auxiliares. Todos en el fondo ansían algún botín a nuestra costa. No; eso son sueños sin fundamento. No podemos quedarnos aquí. —Miró

a todos con determinación—. Debemos atraer a sus legiones lejos de nuestra ciudad, derrotarlos y después regresar. Por eso debemos abandonar Sekaiza.

Un silencio sepulcral acogió esta última afirmación. Únicamente Orisos se atrevió a romperlo.

—¿Abandonar Sekaiza? ¿Ese es tu plan? Dime que tienes algo mejor que ofrecernos, Ambrakos.

—Numantia. Ha llegado el momento de invocar nuestro pacto de hospitalidad. Iremos a Numantia. Todos. Y allí afrontaremos la voracidad de la loba romana. Allí, amparados en la más fuerte ciudad de los arévacos, resistiremos. Y venceremos. Y, entonces sí, volveremos a nuestra amada Sekaiza para completar la obra que todos hemos comenzado.